

Producciones narrativas de la violencia política en Chile (1973 – 2013): entre el ruido y el sonido... acecha el silencio¹

Narrative productions of political violence in Chile (1973 – 2013): between noise and sound...silence lurks

MAURICIO SEPÚLVEDA GALEAS

Dr. Antropología. Docente. Departamento de Trabajo Social.
Universidad de Chile
sepulveda.galeas@gmail.com

SEBASTIÁN UBIERGO SICHEL

Psicólogo, cursando Magíster de Psicología Social

RESUMEN

Situado en las coordenadas del pensamiento posestructuralista, el texto indaga la memoria colectiva de la violencia política en Chile en el periodo 1973 – 2013 a través de una investigación de campo utilizando el método de las producciones. Mediante el uso de herramientas analíticas de corte genealógico aplicadas al estudio de la gubernamentalidad rescribe un texto inconcluso que contenía los resultados de investigación anterior. La rescritura del texto es inserta en medio de una trama de observaciones de segundo y tercer orden mediante las cuales se problematizan las formas de pensar la memoria colectiva e implicancias. Las producciones narrativas son abordadas mediante un análisis que subraya las racionalidades políticas, tecnologías de gobierno, dispositivos de la violencia política en un intento de analizar la continuidades y diferencias generacionales que emergen en el periodo que abarcado en la investigación.

ABSTRACT

Situated in the coordinates of post-structuralist thought, the text investigates the collective memory of political violence in Chile in the period 1973 - 2013 through field research using the method of productions. Using genealogical analytical tools applied to the study of governmentality, it rewrites an unfinished text that contained the results of previous research. The rewriting of the text is inserted during a plot of second and third order observations through which the ways of thinking about collective memory and its implications are problematized. The narrative productions are approached through an analysis that underlines the political rationalities, technologies of government, devices of political violence to analyze the generational continuities and differences that emerge in the period covered by the research.

Palabras clave: *Memoria – generación – experiencia - narrativas – gubernamentalidad*

Key words: *Memory - generation - experience - narratives - governmentality*

Introducción

Cuando el niño era niño no sabía que jugar a las escondida era solo eso, un juego. No la vida real. Que, si te pillaban, no morirías y podrías volver a jugar. Cuando la niña era niña pensaba que era una travesura de su padre decir que su nombre era Carlos, Ismael, León y a veces Andrés. Cuando la niña era niña, iba al colegio a saltos alternando los pies. Un día la maestra les pidió que dibujara una persona. La niña dibujo un policía-militar con sangre en los colmillos saliendo de su boca sinestra. La niña nunca más volvió a esa escuela. Cuando la niña era niña una noche despertó con miedo. Lloró con lágrimas de dolor. Empezaba a conocer el terror. Del mal sueño solo pudo recordar que había un sonido extraño como el chirrido de una radio extraviada del dial.

“Cuando la niña era niña era el tiempo de las preguntas ¿existe de verdad el mal y gente que realmente son malos?” (Hanke 1987).

Han pasado más de 50 años del Golpe de Estado en Chile, y como se dice a menudo, *a pesar del tiempo transcurrido*, la niña que ahora es adulta, en más de una ocasión ha vuelto escuchar ese zumbido de pesadilla, pero su recuerdo ya no refiere a una vivencia de miedo, sino al de una experiencia del dolor. Entre ambas, ahora media la hechura interminable de un lienzo con un paisaje de la historia reciente de un país llamado Chile, a medio terminar. Aunque inconcluso y provisorio, éste sirve como un lienzo mártir dispuesto a sostener el trazado impreciso del tiempo y el espacio. En el lienzo mártir que alberga el paisaje de la memoria, el sacrificio de la certeza testimonia la razón de que el pasado nunca es el mismo (Halbwachs 2004) que cuando hacemos memoria “sostenemos, reproducimos, extendemos, engendramos, alteramos y transformamos nuestras relaciones” (Vázquez cit. en Sepúlveda 2001 115). Pues bien, como un *efecto paisaje*, el tiempo sonoro de un ruido que había quedado encapsulado en el recuerdo de un chirrido, ahora se abre, se ahonda, se ensancha, se ramifica, se contrae, posibilitando su escucha y narración. De ahí que el recuerdo vívido (aunque sea onírico) del ruido, ahora es el recuerdo de una experiencia encarnada del sonido en su dimensión temporal, y que, como tal, tiene historia y eventualmente, narración. De este modo, así como el tiempo habita el espacio, el sonido habita el lugar. ¿Esto significa que “espacio” y “lugar” son diferentes?

Diremos que sí. El espacio es el efecto producido por las operaciones que lo orientan, lo circunstancian, lo temporalizan y lo llevan a funcionar como una unidad polivalente de programas conflictuales o de proximidades contractuales (Sepúlveda 2011). A diferencia de un sitio propio –el lugar– el espacio carecería de univocidad y de estabilidad. De Certeau (2000) sintetiza el concepto de espacio mediante el siguiente sintagma: el espacio es un lugar practicado. A diferencia del espacio, dirá el autor, un lugar es el orden (cualquiera que sea) según el cual los elementos se distribuyen en relaciones de coexistencia. En el orden imperaría

la ley de lo “propio”, pues los elementos considerados estarían unos al lado de otros, cada uno situado en un sitio propio y distinto que cada uno define. Un lugar es pues una configuración instantánea de posiciones. Implica e indica estabilidad. Como señala el mismo De Certeau, el espacio es al lugar lo que se vuelve la palabra al ser articulada (Sepúlveda 2011).

Volviendo al caso del chirrido, la metáfora sónica de la “radio extraviada de su dial” ilustra la metamorfosis del ruido en sonido cuyo lugar alude a un acontecimiento de gran magnitud: el golpe de Estado. Violencia e impresión sónica definen la palabra golpe. En nuestro caso la palabra adquiere una significación en la cual se produce un ensamblaje de la violencia y sonido. La violencia que habita el sonido del chirrido comporta la violencia ejercida en orden sónico sobre el cuerpo u objeto referidas a las “ondas” radiales e interferencias violentas, que las silencian, censuran, y en otro nivel es violencia adquiere una forma de cortes de señal que alteran el flujo del sonido y el orden del régimen sonoro de formas distintas hasta llegar a su grado cero. Se podrá ver ahora entonces, que la experiencia sónica adquiere la forma de una narración deshilvanada. Ese golpe es un acontecimiento cuya emergencia en su dimensión temporal, nos lleva al recuerdo de la madrugada del lunes 10 de septiembre signada por el acecho ceñido sobre las radios y emisión. Este se extendió hasta concretar el asalto final: el martes 11 de septiembre a las 9.10 AM Radio Magallanes inicia la transmisión del último mensaje del presidente Salvador Allende que dirigió al país. Una fuerza entrópica arrasa el ritmo de la vida en su temporalidad, desgarras sus compas, mientras los Hawker Hunter gruñendo con sus garras despedazan el cielo, lo sangran y las bombas ensorden la ciudad, hasta dejarnos sin señal.

Cuando el niño era niño vivió la noche más larga. El niño tuvo miedo, sus ojos se llenaron de lágrimas. Los días posteriores el sonido fue otro. La voz metálica de bandos y decretos daba forma a un nuevo orden del sonido. Bandos y reglamentos que reconfiguraban el orden de lo permitido y lo prohibido, de lo legítimo e ilegítimo, no sólo en el ámbito político y social, sino

también valórico y cultural (Monsálvez 2014 37). En ese contexto, la metáfora de la radio extraviada de su dial remite a la memoria sónica de la vida cotidiana signada por la clandestinidad, en cuya escena convergen aparatos, ondas, interferencias, programas (escucha Chile), chirridos, clandestinidad, murmullo y *sotto voce* de complicidad.

Lo planteado ha enfatizado el carácter procesual de la memoria colectiva. En este sentido, sin llegar a explicitarlo aún, las ideas que han ido articulándose en el texto tienen como punto de arranque –entre otros– el concepto de memoria colectiva acuñado por Halbwachs en 1964. Dicho concepto, enfatizará el carácter social –además del procesual–, como producto de significados compartidos y contruidos a través de las relaciones sociales, y actualizados en la acción social –discursiva y no discursiva– que aconteciendo siempre de forma situada (Sepúlveda et al 2014). Ciertamente, no es baladí considerar la conceptualización antes expuesta como “punto de arranque”, pues de hecho parte importante de lo que ha sido dicho como por ejemplo con relación al régimen sonoro, parece tensionar la matriz constructora, tanto en su vertiente historicista como de énfasis en el discurso.

Desde el inicio de la investigación de campo, una creciente sospecha de nuestra parte en un principio se ciñó al concepto de memoria colectiva, para luego desplazarse hacia el plano epistémico y político que sirven de fundamento. No dejamos de plantearnos interrogantes como: ¿Cuáles son las condiciones mínimas para el reconocimiento del sujeto de la disputa? ¿Cuáles es su umbral? Si el pasado se construye y reconstruye a partir del presente, de sus intereses y proyecciones futuras, a través de prácticas discursivas que le otorgan valor y significado (Piper 2002) la pregunta inevitable es ¿Cuáles son las condiciones de posibilidad y de existencia del sujeto del discurso? ¿Cuáles es el afuera del discurso y la imposibilidad de su narrativización? Por lo anterior, la pregunta de Spivak en *¿Puede hablar el subalterno?* sigue teniendo la misma vigencia de hace 36 años. Estas preguntas y otras han estado presentes a lo largo nuestro trabajo, desde el inicio de la investigación empírica hasta la escritura reciente

del presente artículo, y entre estos dos puntos, cabe contar también una serie de intentos fallidos para retomar el texto. Ciertamente, algunas de estas interrogantes apelan a contenidos más recientes. De la misma manera, las formas de abordar, sin necesariamente responder a estas, han variado en los distintos momentos.

El primer momento corresponde al trabajo de investigación empírico en cuyo diseño algunas de las interrogantes planteadas fueron consideradas. Dos innovaciones se quieren subrayar: la incorporación del enfoque generacional y el método feminista de las Producciones Narrativas (en adelante PN). La propuesta metodológica de las Producciones Narrativas se inscribe en una perspectiva investigativa que busca relevar la voz de las/os actores sociales, narrando sus experiencias y puntos de vista en primera persona. En este sentido, esta metodología considera a las/os participantes como coautores/as de los relatos que se elaboran, estableciéndose así una mayor horizontalidad entre investigadores/as y actores/actrices sociales. Cada PN es un texto elaborado por el equipo de investigación en conjunto con las/os participantes de la misma, a partir de tres sesiones de conversación grupal. En estas sesiones se discuten las temáticas de la investigación y se elabora un texto: la Producción Narrativa que da cuenta de estas discusiones desde el punto de vista de las/os participantes.

En el caso de esta investigación, se realizaron seis Producciones Narrativas, cuyo propósito fue indagar en las memorias colectivas que se construyen sobre la violencia política en la historia reciente de Chile (1973 – 2013) desde diferentes posiciones generacionales. En la primera sesión se abordaron los recuerdos de las/os participantes sobre sus experiencias y puntos de vista en torno a la violencia política. A partir de lo conversado en esa sesión, el equipo de investigación elaboró un primer texto que recogía la discusión, y sobre el cual se trabajó durante las otras dos sesiones. De este modo, progresivamente se pudo profundizar en aspectos considerados como relevantes para ambos grupos. En total participaron 32 personas, quienes habían intervenido

activamente en movilizaciones políticas y/o sociales en diferentes momentos del periodo estudiado. Las/os participantes se dividieron en seis grupos en función de su pertenencia generacional y de sus posiciones, más cercanas o distantes, respecto de la violencia como forma de acción política.

El segundo momento corresponde a la elaboración del presente texto. En ese marco, fueron releídos y revistado, por un lado, el corpus completo de las producciones narrativas y, por otro lado, el manuscrito de un artículo o capítulo de libro hasta ahora inédito. Como palimpsesto digital el texto original ha mantenido algunos pasajes y se han agregado nuevos textos para lo cual hemos tenido que reactualizar el apoyo bibliográfico. En el último apartado se abordan una serie de planteamientos que permiten pensar el y el como para nuevas investigaciones

Límites conceptuales: generación y experiencia

En el marco de este proceso de cuestionamiento y reformulación teórico-metodológico, categorías con una extensa tradición en las ciencias sociales y las humanidades como la de generación, no solo han sido retomadas, sino que también han tenido un alto rendimiento científico y social. En esa dirección, en el campo de los estudios de la memoria la cuestión generacional adquiere el estatus de una problemática compleja que requiere de una mirada relacional, así como de una conceptualización multidimensional. Ambas, lejos de cerrar sus modos de pensar o limitarla a ciertos aspectos histórico-estructurales de una posición, la ha abierto a lo subjetivo y situado como una construcción simbólica y material, que por definición es cambiante. Veremos que la mirada relacional que nos lo propondrá Karl Mannheim a propósito de su trabajo en torno a cuestión generacional se constituirá en una dimensión clave para la indagación narrativa como la aquí presentada. Ciertamente, la creación del sentido narrativo –trazar conexiones narrativas entre acontecimientos o experiencias– es una forma crucial de la agencia del sujeto colectivo. Cabe

tener presente que dicha actividad narrativa siempre tiene lugar en determinados contextos culturales, históricos y sociales que plantean cuestiones de poder, sujeción y modos de subjetivación alternos.

De ahí que, coincidiendo con Karl Mannheim, lo generacional puede constituirse, analítica e interpretativamente, en una palabra-concepto que estratégicamente subraya la potencialidad de cambio y diversidad dentro del recuerdo colectivo, rompiendo la presunción de estabilidad que se le podría atribuir a la memoria (Guichard y Enriquez 2011). En este sentido, la noción de generación sociohistórica de Mannheim y de memoria colectiva de Halbwachs (1925 1950), si bien es cierto gravitan entorno a una misma episteme, al mismo tiempo difieren y se complementan en la diferencia. En efecto, la primera enfatizaría los elementos estables del recuerdo –como serían por ejemplo sus marcos sociales–, mientras la segunda revelaría sus elementos dinámicos y de cambio.

Ambas dimensiones suelen ser analizadas en su autonomía e interdependencia, y menos en los modos o formas de articulación. Lo curioso es que sabemos que los actos de rememoración implican una articulación en el sentido de dar expresión a los acontecimientos en forma de narración. Entendemos que las memorias culturales son discursos articulados (véase Hall cit. en Grossberg 1986) formados por elementos heterogéneos, préstamos y apropiaciones de otros lenguajes y tradiciones conmemorativas que se ensamblan en narrativas. Los actos de recuerdo, aunque sea en otro sentido, implican también una articulación pues, entre otras cosas, ayudan a vincular (“articular”) a individuos y grupos a través de su compromiso común con esas narrativas. Ahora bien, pensar la articulación es un desafío no menor. El problema es enfrentar temas complejos recurriendo a conceptos o categorías auxiliares convirtiéndolas en lo Ian Hacking (1998) palabra ascensor. En los estudios sociales de la memoria esto suele pasar cuando se recurre a la experiencia como palabra sensor, utilizada comúnmente como recurso analítico en

situaciones cuando creemos ver complejidad el objeto cuando más de lo que se trata es de confusión

En ese sentido, uno de los principales obstáculos epistemológicos surge cuando se considera la experiencia como una instancia tan autoevidente que se procede a tematizarla y categorizarla automáticamente conforme a rubros preestablecidos. Generalmente esto implica abarcar categorías reificadas que en la mayoría de los casos incluye la experiencia como *experiencias fundantes* de la colectividad. Y, a partir de lo cual se produce el proceso de diferenciación de los grandes grupos de pertenencia como por ejemplo la clase, el género, y en nuestro caso en particular, la generación. Esta tematización acrítica, imperante en las formas de pensar la experiencia como conceto articulador del binomio “generación-memoria”, contribuye a reforzar supuestos metafísicos o esencialistas que, producto de lo anterior, corren el riesgo de hacer pivotar su análisis en teorías de identidad e interpretar sus formas como característica de los entes sociales y no como conjunto de procesos sociales, vinculado a la acción política y a las propias materialidades.

Siguiendo a Scott (1992), se puede afirmar que dicho efecto potenciador de la experiencia como categoría explicativa es derivativa de la expansión del campo de las evidencias convencionales hegemónicamente operan al interior de la historia normativa, basando su reclamo de legitimidad en la autoridad de la experiencia. Es precisamente este tipo de apelación como evidencia incontrovertible y como punto originario de la explicación, el que le quita fuerza al impulso crítico de la historia de la diferencia y sus articulaciones. A juicio de Scott (1992), al mantenerse dentro de unos marcos epistemológicos restringidos, los estudios sociales toman como evidencia las identidades de aquellos cuya experiencia está siendo documentada, y de este modo naturalizan su diferencia. O inversamente, al asumir la experiencia como autoevidente como un a priori para informar la tesis –generalmente identitaria– que se quiere demostrar (Hernández 2012).

Se trata entonces, en aras a la diferencia y distanciamiento del error anterior, de intentar tomar la experiencia como un evento

histórico que dada su naturaleza singular requiere de su explicación. Por la misma razón, la experiencia no es algo que siempre estuvo ahí a la espera de ser descubierta para ser expresada como tampoco su forma permanece como algo determinado en un momento histórico. Lejos de lo anterior, se trata de dirigir los esfuerzos para hacer visibles las asignaciones de posiciones de sujeto, no en el sentido de capturar los objetos vistos, sino más bien de tratar de entender las operaciones de los complejos y cambiantes procesos discursivos por los cuales las experiencias –en este caso de la violencia política en Chile–, resisten o aceptan, procesos mismos que no son señalados, y que de hecho consiguen su efecto porque pasan desapercibidos. En la misma dirección, Foucault (1996 440-41) plantea un punto de vista similar de la dialéctica entre los individuos y los modelos sociales que se les imponen, argumentando que, aunque el sujeto se constituye a sí mismo “de forma activa mediante prácticas del yo”, esas prácticas no son algo inventado por el propio individuo”, sino modelos que él mismo modelo posibilita en sus cambios.

Narrativas

Primer acto: horror a contraluz

Al adentrarse en las narrativas de quienes fueron actores y actrices de las movilizaciones sociales y luchas políticas en la década de los ochenta observaremos cómo los recuerdos de la violencia política cabalgan zona de dolor y rabia, de miedo y afirmación. El tropel de imágenes que su relato pone es escena las experiencias encarnadas de lo opresivo y ominoso del *hacer morir y dejar vivir*. Y es que tal como nos recuerda Michel Foucault (Dreyfus & Rabinow 2001), los estados de dominación aluden a un tipo de relación de poder altamente estructurada y estable, que se institucionaliza en juegos de penalidades y coerciones, y donde el margen de maniobra de los objetos del poder se encontrará muy restringido. En ese horizonte, las prácticas de libertad

adquieren se mueven en los intersticios, grietas y nocturnidad de la urbe. En esa dirección, las narrativas evocarán la siniestra frase del dictador Augusto Pinochet pronunciada el 13 de octubre de 1981: “no se mueve ninguna hoja en este país si no la estoy moviendo yo, que quede claro.” Enunciado que condensará de forma elocuente la escena de dominación, la cual fungirá como marco de experiencia, situando y modulando las narrativas de la década en cuestión. En efecto, los estados de dominación en las narrativas refieren a una topia del control de la conducta de los demás, que se habría caracterizado, entre otros aspectos, por el despliegue de una monumental maquinaria descendente y centralizada de vigilancia y represión, suplementada por una diseminada microfísica del poder. Esa última, no solo estará orientada a prohibir, impedir, decir “no debes”, sino también a producir aptitudes, cuerpos dóciles, deseos y subjetividades, todo ello en un horizonte refundacional del Estado nación.

“En cierto, nos criamos bajo un régimen que nos violentó sistemáticamente. Que gobernó y controló nuestros cuerpos bajo la ley del terror, de la prohibición, en el que luego de poner un pie fuera de casa era imposible tener la certeza de si por la tarde, o por la noche, volveríamos a encontrarnos con los nuestros. Pero la represión no siempre se manifestaba de forma explícita, es decir, no siempre se trataba de que un paco te pegara en la cabeza, o te dieran un disparo. A veces adquiría otra forma, otra naturaleza, como por ejemplo penetrando organizaciones, infiltrándolas, quebrándolas a través de la desconfianza. (CPN 33)

En términos genealógicos, las narrativas de los ochenta, como acervo de información de la materia viva de la política, hacen audible y visible el recuerdo encarnado de un tipo de racionalidad política cuyo propósito será la dominación del otro subversivo, el otro extraño a la modernidad (Franco 2016). Conforme a las narrativas, con la dictadura surge una formación de miedo y terror particular en la cual se combinará lo disciplinario, lo biopolítico y lo necropolítico. Una racionalidad política orientada a lo que el sociólogo Javier Martínez, en su temprano análisis sobre

el miedo político en el Chile de los ochenta, llamará *el límite del miedo*. De acuerdo con este autor, en la década de los ochenta el límite del miedo se caracterizará por la supresión de la arena política, por la recurrencia a formas policiales de control que se extienden más allá de la vida pública y por las acciones represivas que incluyen como norma una abierta desproporción entre las conductas que se estiman punibles y el castigo que se les aplica (Martínez 1988).

“Cuando pensamos en los ochenta y en la violencia política, algunas de nosotras nos acordamos del miedo, que era horroso. Viví con miedo muchos años de una manera que no he vuelto a sentir. Miedo a que me mataran, miedo a que me allanaran, miedo a que me pillaran, miedo... Sin embargo, en ese tiempo era bien atrevida e hice cosas arriesgadas, que ahora por supuesto no haría porque me siento súper vieja, y no me voy a arriesgar así. Me acuerdo del impacto que sentía cuando escuchaba las noticias y del miedo que sentía constantemente. Yo creo que todo/as teníamos miedo. Es algo inherente al ser humano y no sería normal no haberlo sentido. En la casa donde estuviéramos pasando la noche nos despertaba, a la hora que fuera, un vehículo que se detenía afuera. Y despertábamos con miedo porque pensábamos que nos venían a buscar. Creo que siempre tuvimos miedo, y estábamos nerviosito/as antes de.... era algo que nos pasaba a todo/as. La violencia hizo aparecer el miedo. El dolor físico da miedo. Una no quiere que le peguen, no quiere volver a vivir ciertas cosas. Y el silencio alimentó los miedos colectivos [...].

Cuando salí de la cárcel me dio mucho miedo, la primera noche dormí en la casa de mis papás porque sentía que la mía era insegura, me sentía expuesta. Era raro, pero hasta la cárcel me parecía más segura que mi casa, porque ahí estaba con mis compañeras y nos cuidábamos. El miedo a que volviera a pasar me acompañó durante mucho tiempo y reaccioné también de distintas formas. Una vez pasé casualmente por una casa en la que había un allanamiento. Iba pasando y cuando me di cuenta de que había algo raro ya no podía hacer nada más que apretar los dientes y seguir caminando. Un tipo me paró y yo me hice pipí en ese instante, y me dije a mí misma que había cagado, porque si él se daba cuenta que me hacía pipí

eso significaba que yo también me dirigía al lugar. Fue como reconocerme en el miedo y saber que no sacaba nada con negarlo.” (CPD 17)

La cita anterior releva la inextricable relación que existe entre los distintos componentes que conforman las formaciones narrativas. En particular, en este caso releva la relación existente entre una determinada racionalidad política y unas determinadas tecnologías de gobierno. Cabe recordar que la noción de tecnología apunta a los procedimientos prácticos por los cuales el saber se inscribe en el ejercicio práctico del poder, la autoridad y el dominio. Como bien lo resume Mitchell Dean (De Marinis 1998), el concepto de tecnología de gobierno plantea la relación entre formas de saber y ciertas actividades prácticas y técnicas. Concretamente en esa dirección, las narrativas de los ochenta relevan la relación inextricable entre los estados de dominación y unas tecnologías de gobierno signadas, en este caso, por el terrorismo de Estado y la construcción semiótica-material de zonas de muerte y crueldad (Parrini 2016; Franco 2016). En efecto, los estados de excepción habrían permitido no solo justificar la eliminación de los adversarios, sino que también habrían posibilitado la creación de un ambiente en el que la crueldad se permitiría en nombre del Estado de seguridad (Franco 2016).

“Precisamente fue ahí cuando las cosas, no solo no cambiaron, sino que empeoraron. En efecto, como una bestia sinies tra y mal herida, la dictadura respondía a la protesta social con una represión cruenta. Otra vez el horror y la muerte signando nuestros recuerdos. Una vez más la repre abominable: Carmen Gloria Quintana y Rodrigo Rojas de Negri quemados vivos. Recuerdo que iba en micro camino al trabajo cuando escucho la noticia por radio. Tuve una reacción corporal muy fuerte, porque no lo podía creer. Pensaba que me iba a desmayar, que iba a vomitar. No dejaba de preguntarme a donde estaba viviendo, a dónde había vuelto tras mis años de exilio. Recuerdo que no pude trabajar ese día. Por suerte estaba una persona que me había llevado a ese trabajo. Ella había estado en el Estadio Nacional y nosotros la habíamos acogido cuando

la soltaron los primeros días tras el golpe. Y fue ella la que me contuvo. Fue terrible.” (CPN 32)

Dice Balibar que la crueldad corresponde “a aquellas formas de violencia extrema, ya sea intencional o sistémica, física o moral [...] que, por así decirlo, nos parecen ‘peores que la muerte’” (Parrini 2016 39). El mismo autor piensa la crueldad como misterio que inaugura otra escena perpendicular a la del poder y la violencia pues en ella opera un mecanismo extremadamente misterioso, aunque incuestionablemente real (Balibar 2008). Esa otra escena, de la cual nos habla Balibar, emerge en las producciones narrativas al recordar el caso de los *profesionales degollados* y al *caso quemados*, constituyéndose ambos en acontecimientos biográficos a partir de los cuales se articulará una política de la experiencia, y cuyos efectos generacionales instituirán su identidad/diferencia.

“Recordar la violencia de los ochenta es, en parte, recordar la muerte de los hermanos Vergara, de los tres profesores degollados, de Patricio Sobarzo y cuando queman a Carmen Gloria Quintana y Rodrigo Rojas. Esas son imágenes que algunas de nosotras tenemos cuando pensamos en la violencia de Estado o en la política de los 80. También recordamos la pena y la rabia. Una de nosotras recuerda haber llorado mucho por la violencia de la acción hacia Carmen Gloria y Rodrigo, mientras otra recuerda además de la pena, la rabia con los asesinos, con la precariedad de lo que ocurría y con los medios de comunicación que eran cómplices de la violencia.” (CPN 3)

Ciertamente, en el ejercicio y exhibición del poder como manifestación siniestra de la teatocracia (Balandier 1994) dictatorial, no solo se destruyen los cuerpos, sino también las infraestructuras mentales. Un teatro macabro que no solo se dirige a sus rivales sino también al público general (Franco 2016). En tal sentido, las narrativas de los ochenta no solo convergen, sino también potencian el efecto generacional a contraluz de lo que Balibar llamará las zonas de muerte. Dicho de otro modo, a contraluz de los espacios en los que se despliegan los efectos acumulativos de las

diferentes formas de violencia extrema o crueldad (Parrini 2016). Ahora bien, el hecho de que las narrativas de la generación de los ochenta respecto a la violencia política se construya a contraluz de las zonas de muerte, no debe llevarnos a concluir que estas son simplemente la contraparte pasiva, algo meramente negativo o reactivo, o una suerte de decepcionante efecto rezagado. Muy por el contrario, éstas más bien se constituyen como narrativas afirmativas de resistencia, disidencia e insubordinación.

“El miedo se percibía también en las marchas o en las poblaciones. Su inoculación fue bastante selectiva y brutal, y generó una paralización desmovilizadora. Pero al mismo tiempo, cuando se ejecutaban las acciones operativas o de masas de las organizaciones populares, uno/a sentía que ese miedo se disipaba. Se generaba una sensación de que había una mínima seguridad que permitía hacer algo. Me acuerdo de que cuando entrábamos a La Legua a hacer acciones de propaganda armada se podía sentir el miedo, se cortaba con tijera. Avanzábamos por la calle haciendo una acción de propaganda y cuando anunciábamos que esa noche iba a haber un apagón generalizado en Santiago la gente nos quedaban mirando. Pero luego venía el apagón y al día siguiente la sensación era otra, el miedo empezaba a disiparse y había un clima como de “chuta, se puede, se puede”. Yo creo que era súper importante. Pero también había otras dos experiencias vinculadas con la misma acción, la de quien se desplazaba por la calle con el riesgo de caer en cualquier parte y en cualquier momento, y la de quien volaba la torre. Las sensaciones de quienes estaban operando eran muy complejas. Pero lo más importante de todo era cómo contribuías a disipar el miedo para generar nuevamente organización y voluntad de salir. La acción colectiva servía para enfrentar el miedo, y no se trataba de una plática o una prédica de paz y de amor, sino de una prédica de violencia contra la dictadura. Eso generaba una reacción de confianza en la organización popular, o en la organización barrial, en el partido, o lo que fuera. Generaba esa confianza que ayudaba a disipar el miedo y era motivadora”. (CPN 20 -21)

Si bien se observa cierta diferencia en los modos de construir las narrativas de resistencia –heroicas y no heroicas– conforme a la

distancia o cercanía respecto al uso de la violencia como instrumento de acción política, la línea que separa y diferencia a ambas es tan tenue como porosa. Cabe entonces tener presente que la resistencia no es la marca vacía del poder, pues tal y como lo afirma Michel Foucault, si la resistencia no fuera nada más que la imagen inversa del poder entonces no operaría como resistencia; para resistir se debe activar algo tan inventivo, móvil y productivo como el poder mismo (Foucault 1994). Aquí las narrativas remiten a la figura de la clandestinidad. Esta funge como un mundo paralelo, subterráneo donde la vida cotidiana –entre comillas– se desarrolla subrepticamente habitada de silencios selectivos, omisiones forzadas, ocultamientos estratégicos.

“Entonces esta doble vida que tuvimos todas, porque todas trabajaron y se escondieron, todos, nadie tenía que saber. Cuesta ahora mismo imaginar la cotidianidad de la doble vida. Día y noche. Para adultos y niños. Durante el día éramos funcionarios, yo era profesor, y funcionaba como profesor, y después tenía una militancia en la que tenía que cumplir roles políticos. Si tú analizas la vida de cada uno de nosotros, verás que uno participaba en cumpleaños con colegas de trabajo, amigos que no tenían idea de esa vida otra. Yo, por ejemplo, tengo compañeros que hasta que salí del colegio nunca supieron que mis papás eran comunistas.” (PN 20)

La clandestinidad emerge como un contrataatro de la muerte, un espacio social donde se podrá ensayar y experimentar (micro) políticas de la vida. Espacio social de dignificación y espacio liminal de reconocimiento en cual se fraguan complicidades, lealtades y compromisos que hacen posible conjurar el miedo en medio de la guerra de los sueños y políticas de exterminio. Funge también como un intersticio desde donde es posible reconstruir el tejido social, la orgánica política, el partido, y en ocasiones el aparato armado de resistencia. Desde luego no hubo un solo modo de estar en la clandestinidad. Sus posibilidades fueron múltiples: reversibles, irreversibles, totales, parciales, etc. Sea como sea, las narrativas de la década de los ochenta indican que la clandestinidad se constituyó en una suerte de laboratorio

social donde se experimentaron formas posibles de existencia fuertemente vinculadas a la agencia ética y política.

“En definitiva, se trataba de construir una cultura de la vida. Porque todas estas acciones de los artistas democráticos van marcando una pauta en la sociedad, porque detrás de la Peña de Doña Javiera que existía en ese minuto, que íbamos todos escondidos, ahí se creaba un clima donde había una transmisión de afectos, de complicidades pues había un factor ideológico presente. Pese al temor que experimentábamos, pues afuera estaban siempre los CNI esperándote, salíamos con la esperanza de que éramos más, que cada vez éramos más. Que nuestros artistas democráticos estaban poniendo temas de reflexión a través de sus canciones, de sus textos. Es una tremenda historia. Sin duda el ejercicio de la cultura era un signo de resistencia contra la cultura de la muerte de la dictadura” (CPN 32).

En tal sentido, la clandestinidad entendida como una práctica social de acción política se constituye en dispositivo político de resistencia con sus respectivos vectores de significación, vectores de visibilización, vectores de fuerza y vectores de subjetivación (Deleuze 1990). Cabe recordar, siguiendo a Michel Foucault, que la resistencia no está en una posición de exterioridad con respecto al poder, y que las instancias de resistencia no responden a un conjunto de principios heterogéneos a las relaciones de poder. En este sentido, si las narrativas de los ochenta respecto a la violencia política remiten a unos estados de dominio absolutista que es apuntalado por una maquinaria de represión y crueldad que actúa a través de las armas tanto en situaciones de “combate” como en situaciones de la vida cotidiana, pues entonces la resistencia intentara responder conforme a esos modos o principios particulares que caracterizan las relaciones de poder.

“Se trataba de no estar siempre agachando el moño como pasó en ese mitin, y de organizar esa voluntad de enfrentar y hacerle daño a la dictadura. En ese momento no pensábamos aún hacia dónde ir, si no que, en organizar formas de enfrentar la violencia del Estado con capacidad de resistencia, de organización

y demostrar que, en definitiva, ellos no se la van a llevar pelada y de que hay formas de golpear de vuelta. Debido a lo que estábamos haciendo, a mí me expulsaron de la Universidad el año 86, involucrándome públicamente en una serie de hechos muy violentos. Entonces vino una persecución por parte de la CNI3 que significó tomar la decisión de clandestinizarme. Dejar esa especie de esfera de la dirigencia pública y meterse de lleno en el proceso de construcción de fuerza que repeliera con violencia la violencia del Estado. Era tremendamente difícil, complicado y riesgoso hacerlo en esos momentos, en los que sucedían cosas como las que hemos recordado, como lo de los hermanos Vergara Toledo, los degollados y otros compañeros que murieron, fueron torturados, etc. Eran tremendamente duras e impactaron profundamente, pero lo que yo pensaba en esos momentos era que había una violencia del Estado muy arbitraria, dirigida hacia sectores donde sabían que iban a hacer mucho daño a la organización popular. Daño físico y psicológico, que tenía que ver con la desarticulación. Yo veía que, a pesar de lo duro, de lo tremendo, de lo terrible de esas particulares muestras de violencia, había que seguir y no victimizarse, jamás victimizarse. Había un proceso histórico en marcha y a mí siempre me molestó la victimización. Hasta el día de hoy no estoy de acuerdo con que el Estado me repare por una opción que yo tomé como individuo o como colectivo. O sea, yo decidí enfrentar a la dictadura, yo me metí en esa guerra, no tengo nada que pedirle al Estado. Me pasaron hueás graves, pero fue por una decisión *que yo tomé, la de construir violencia para enfrentar esa violencia*". (CPN 8)

En este punto las narrativas a ratos parecen bifurcarse conforme al grado de cercanía o lejanía respecto al uso de las armas como medio de acción política. De un lado emergen narrativas en las cuales se deja entrever la huella del llamado síndrome heroico en la cual se destaca que la resistencia al poder no puede plantearse en términos de estrategias racional – instrumental, sino de afirmación de un conjunto de valores éticos superiores (Martínez 1988). De otro lado, emergen narrativas que dejan entrever cierta superación del síndrome heroico por cuanto apuestan la transformación de la insatisfacción y frustración individual en acción colectiva continuada de protesta o rebelión (Martínez 1988). Sin

embargo, dicha bifurcación se diluye en las propias narrativas en la medida en que se le otorga a cada tipo de formas de lucha un lugar fundamental en el ensamblaje y articulación de la resistencia.

“Y creo que ese punto de comunión nos unió como una generación mucho más tolerante con las opciones diferentes a las tomadas por nosotros mismos. Una generación transversal a los movimientos. Una generación a caballo de los ochenta. Gracias a ello, nos fuimos encontrando en esa suerte de compañeros de lucha. Después de todo, se trataba de una respuesta tan razonable como necesaria. No podíamos soportar más vivir día tras día como víctimas de la violencia política desplegada por la dictadura de Pinochet sobre nosotras, sobre nuestros cuerpos.” (CPN 35)

Segundo acto: del presagio al anuncio

En el caso de las producciones narrativas resultantes de los trabajos grupales realizados por quienes fueron actores y actrices de las movilizaciones sociales y luchas políticas en la década de los noventa, de forma convergente relatan una escena general del ejercicio del poder en el marco de la llamada transición a la democracia, obscuramente abocado a producir un relato, una representación de gobernabilidad del país. Cabe recordar que la definición básica de gobernabilidad es “la capacidad de gobernar”, la que a su vez se considera determinada por el equilibrio entre demandas sociales y la capacidad gubernamental para responderlas (Girao 2012). Ahora bien, desde una definición más amplia de gobernabilidad esta se entiende como “un estado de equilibrio dinámico entre el nivel de las demandas sociales y la capacidad del sistema político (estado/gobierno) para responderlas de manera legítima y eficaz” (Camou 2001 36). Como el mismo Camou (2007) advierte, esta definición permitiría superar una lectura dicotómica –gobernabilidad versus ingobernabilidad– y analizar grados y niveles de gobernabilidad involucrando

en la definición una “serie de acuerdos” básicos entre las élites dirigentes en torno a tres ámbitos principales: el nivel de la cultura política, el nivel de las reglas e instituciones del juego político y, acuerdos en torno al papel del Estado y sus políticas públicas estratégicas.

Ciertamente, más allá de su valor heurístico (que por cierto lo tiene) reconocemos en esta última definición una serie de enunciados que resultan extremadamente significativos a la hora adentrarnos en las narrativas de los noventa en general, y en particular, en aquellas narrativas referidas a los modos de ejercer el poder. Y es que, en coherencia con el método propuesto, el de las producciones narrativas, el saber experto en cierto modo es puesto en dialogo con los saberes subalternos. En efecto, en la definición amplia de gobernabilidad, existen al menos tres enunciados en los cuales es posible observar puentes intertextuales que conectan con las narrativas de los noventa. Un primer enunciado que refiere al equilibrio entre el nivel de las demandas societales y la capacidad del sistema político para responder de manera legítima y eficaz a éstas. Un segundo enunciado que refiere a los grados y niveles de gobernabilidad. Finalmente, un tercer enunciado que refiere a una serie de acuerdos básicos entre las élites dirigentes.

En cuanto al primer enunciado, las narrativas de los noventa son tan rotundas como enfáticas: las demandas de justicia y verdad en el marco de las violaciones de los derechos humanos no fueron atendidas, y cuando se hizo algo al respecto, la respuesta habría sido tan ineficaz como ilegítima.

“Algo, algo podía hacerse, algo podía pasar, un poquito de justicia y así achicar la sensación de injusticia. Nos agarramos de eso, de esa esperanza, para romper la costra de impunidad, para buscar la verdad, lo intentamos. Y presionamos. Parecía que era una posibilidad efectiva de derrumbar esos cimientos que había dejado instalados la dictadura y que la Concertación había perpetuado”. (CPN 69)

En cuanto al segundo enunciado en relación con el carácter gradual de la gobernabilidad, este es interceptado y traducido en las narrativas de los noventa como una escena iterativa representativa de la teatrocracia chilena transicional. En ese horizonte, su capacidad de gobernar en “la medida de lo posible” deviene en un enunciado tan emblemático como sintomático por cuanto expresa, no solo la renuncia de las instituciones del Estado a las demandas sociales, obcecado por favorecer una transición gradual hacia la democracia, sino también expresa el ethos del gobierno de la época. En definitiva, expresa la atmósfera de los noventa en términos de una totalidad estructural teñida de sentimientos (Parrini 2016), y cuyo efecto generacional será extremadamente significativo.

“Así, para nosotros/as, la alegría se mezclaba con el asombro, generando una sensación de perplejidad y desconfianza que luego dio paso a la confirmación *de que las expectativas* se verían frustradas. Si bien éstas no eran demasiado altas respecto de lo que pudiera pasar con Pinochet, su regreso al país, y particularmente su imagen levantándose de su silla de ruedas, confirmaron lo que ya veníamos constatando, que la transición pactada a la democracia se circunscribió en los límites de “la medida de lo posible” establecidos en el Gobierno de Aylwin. Sin quedar especialmente sorprendidos con esta confirmación, la forma en que defendió a Pinochet resulta vergonzosa, pero sirve para evidenciar el carácter de la democracia que los gobiernos de la Concertación estaban llevando adelante. Como recuerda una de nosotras/os, tanto el hecho como la actitud del Gobierno y del embajador chileno de ese entonces generaron un impacto negativo muy importante en la comunidad internacional. Se trastocó la idea que había fuera de Chile “de creer que la democracia ya había solucionado todo, y que por lo tanto en democracia no podía haber presos políticos, no podía haber tortura, no podía haber violencia”. (CPN 47-48)

En cuanto al tercer y último enunciado, la referencia a los acuerdos básicos entre las elites gobernantes también estará presente en las narrativas de los noventa. Sin embargo, si bien habita el cuerpo narrativo, lo perturba, lo incomoda, como si se tratase

de una herida abierta, un dolor, o quizás un odio no declarado ante una maldita enfermedad. Y es que las narrativas de los noventa se sitúan en el anverso, en los márgenes, o bien en el afuera –el otro constitutivo– de los acuerdos entre las élites. En primer lugar, ni pertenecen ni se identifican con las élites, lo que no significa desconocer el hecho de haber gozado, o gozar de ciertos privilegios sociales, culturales, educacionales, entre otros, negados a muchos de sus contemporáneos. Pero más allá de la no pertenencia y desidentificación con las elites, las narrativas nos permiten observar, no solo el lugar que en ellas se la asigna a las élites (su significación) sino también el cómo se le asigna ese lugar. Dicho de otro modo, narran las escenas del poder, escenas en las que la política de los acuerdos entre las elites gobernantes logra su mejor representación. Sin lugar a duda la escena más elocuente será la de Pinochet levantándose del sillón a su llegada a Chile luego de su detención en Londres. Esa escena, esa imagen, esa foto diría Jean Franco citando a Roland Barthes “es como un teatro primitivo, como un cuadro viviente, la figuración del aspecto inmóvil y pintarrajeado bajo al cual vemos a los muertos” (Franco 2016 269).

“Podrían haber pasado tantas cosas, podrían haber pasado. Cuando al final, en la práctica, nada pasó, y en cuarenta años no ha pasado. Todo se truncó, y el viejo volvió, y se paró de la silla, levantó el bastón con cierta burla, y nos rompió las bolas. Esa imagen es casi más potente incluso que la detención misma. ¡Qué desazón!, ¡qué desilusión! Es que es imposible que pensemos en la detención de Pinochet sin pensar en su desenlace. Otra vez los pactos, otra vez la salida negociada, ¡si fue el mismo gobierno que lo trajo de vuelta!, detrás estuvo la mano de Insulza.¹ Y eso que había sido tan potente, se diluye, se desvanece, se aleja...” (CPN 69)

Lo abyecto de la escena de Pinochet antes evocada si bien habita, o si se quiere signa, marca las narrativas afirmativas de la generación de los noventa, no lo hace por efecto de exclusión. Sin duda los jóvenes de los noventa se sintieron marginados y excluidos de toda instancia de negociación. Sin embargo, su narración no

habita esa dualidad gubernamental cristalizada en el binomio excluidos/incluidos. Y si bien a veces adquiere la forma de una interpelación, más bien se comporta como una recusación. En el dolor de esa herida habita el espectro de la traición.

A diferencia de los regímenes autoritarios, absolutistas o dictatoriales en los que las prácticas de libertad apenas existen, en las democracias liberales el poder se ejerce sobre quienes se hallan en disposición de elegir, en consecuencia, su objetivo será, en parte, influir en lo que éstos elijan. Juegos de estrategia entre libertades dirá Foucault. Ahora bien, eso no significa que el ejercicio del poder abandone el grado cero de la libertad, sino más bien éste se amplía, se diversifica y se disemina al menos en tres niveles: las relaciones estratégicas, las técnicas de gobierno y los estados de dominación. Al respecto Foucault señala que se deben distinguir las relaciones de poder como juegos de estrategia entre libertades y los estados de dominación, a los que comúnmente se los llama poder. Y entre los dos, entre los juegos de poder y los estados de dominación, están las tecnologías gubernamentales. Ahora bien, será a través de este género de técnicas que se establecen y se mantienen los estados de dominación. En principio, ya no se trata de imponer leyes o castigos sobre los hombres que habitan un territorio, sino de desplegar técnicas y tácticas de gobierno que permitan a las personas *conducirse* de tal forma que permitan la gobernabilidad. Dicho de otro modo, no es mediante la imposición de la ley, sino mediante el *gobierno que se pueden alcanzar los fines del Estado*.

Ahora bien, las narrativas de los noventa reconocen en la gramática del poder transicional un tipo de racionalidad política cuyo propósito fundamental habría sido generar condiciones materiales y simbólicas básicas para garantizar la gobernabilidad. Reconocen esa gramática, sin embargo, no solo no se sienten identificados por esta, sino que además la impugnan. Cuestionamiento político, por un lado, por cuanto ven en los modos de gobernar una voluntad de poder ceñida a la continuidad de un orden (económico, social, cultural, entre otros), o mejor dicho de un modelo de sociedad impuesto por la fuerza en el periodo

dictatorial. Cuestionamiento ético por otro, por cuanto ven en los modos de gobernar, principalmente en la política de los acuerdos entre las élites del país, la marca de la exclusión, en tanto dejarán fuera de esa conversación a una amplia gama de actores sociales y políticos, lo que en consecuencia restará, o lisa y llanamente le quitará toda legitimidad a la acción de gobernar.

“Una vez que asumió Aylwin¹² toda esta sociedad civil quedó abajo, “por favor no hagamos nada, no trabajemos más con los colegios profesionales, porque vamos a tener problemas”. La transición tiene que ser en calma. Entonces la comunidad no siguió participando. Las instituciones bajaron su nivel de participación, el mandato presidencial era que la sociedad civil bajara.” (CPN 76)

Sin embargo, el proceso de impugnación al cual antes nos hemos referido, adquiere un lugar extremadamente significativo en las narrativas de los noventa cuando éstas abordan distintos aspectos asociados a las tecnologías de gobierno desplegadas en dicha década. En efecto, a la hora de abordar la dimensión tecnológica de las prácticas de gobierno, en tanto que prácticas enraizadas en la vida cotidiana en un determinado espacio-tiempo, se logrará hacer más inteligible el peso que dichas tecnologías tuvieron en la construcción de una memoria generacional en los noventa. O, mejor dicho, los efectos generacionales que tuvieron dichas tecnologías. Diseminadas en el cuerpo social, sus efectos de verdad, de poder, así como sus inscripciones en los procesos de subjetivación de los jóvenes de los noventa, será tan basto como profundo. Ahora bien, de la amplia gama de tecnologías de gobierno abordadas en las narrativas de los noventa, destacan aquellas vinculadas con violencia política.

Al respecto, conforme a las narrativas de los noventa la topología de la violencia operará a través de un conjunto de dispositivos cuya arquitectura básica estará conformada por una triple hebra. Por un lado, una serie de dispositivos de vigilancia y control a través de los cuales se buscará incrementar las fuerzas del estado, y al mismo tiempo mantener el buen orden de

éste (Foucault 2006). El despliegue de estos dispositivos pivotará en un horizonte narrativo de carácter distópico que los pone en relación con la configuración de un Estado policial. Se trata de una violencia fundamentalmente de tipo viral (Chul Han 2016) dispersa y diseminada en el cuerpo social de forma imperceptible que sustrae toda visibilidad y publicidad a la violencia. Si bien el sujeto peligroso se hace invisible, no lo es porque éste desaparezca, sino porque éste se licua y confunde entre nosotros. En este sentido la violencia viral es una violencia de la negatividad que opera sobre la bipolaridad amigo – enemigo, pero al mismo tiempo difumina este último volviéndolo espectral. Tal como advierte Chul Han (2016) la violencia viral, al igual que los virus digitales, se dedican a infectar más que a atacar, y por lo general no dejan huellas del infractor. En sentido, siembran la duda, la sospecha y, sobre todo, la desconfianza. El ejemplo más significativo de este tipo de hebra que configura la arquitectura básica de los dispositivos de violencia política en los noventa, lo constituye la llamada Oficina la cual será sindicada como una de las máximas expresiones de la guerra sucia implementada en el periodo de transición.

“Por otra parte, se instala la problemática de la desconfianza, principalmente vinculada a la delación, mecanismo utilizado por la Oficina para combatir a los sectores que continúan en lucha después de 1990. A diferencia del periodo de la dictadura, la figura del “sapo” o delator estaba bastante circunscrita y era manejable por las organizaciones. Pero en los noventa se generalizó la desconfianza debido a que la Oficina recurre a militantes de izquierda para la vigilancia y la persecución. Uno de los efectos que generó esta desconfianza es la tendencia de las organizaciones y sus militantes a encerrarse en sus propios círculos, perdiendo de esta manera importantes grados de vinculación con el mundo social y político. Uno de nosotros/as recuerda haber escuchado decir a una dirigente de la población La Victoria que “el mayor logro de la Oficina había sido crear el bicho de la desconfianza y que eso había desarticulado las organizaciones sociales en las poblaciones, porque todos desconfiaban de todos””. (CPN 51-52)

Por otro lado, una segunda hebra, residual a la violencia política de la década de los ochenta, le imprime al ejercicio de la violencia política una dimensión fuertemente expresiva, directa y explosiva, pero a diferencia de sus dispositivos característicos de la década precedente, ésta se articula y escenifica de forma intensiva, selectiva y focalizada. En este sentido, si bien resulta iterativo el teatro de la crueldad a la cual se asiste en la década de los noventa, éste será ahora mediado, y al mismo tiempo espectacularizado a través de los distintos medios de comunicación social. En efecto, de acuerdo con las narrativas de los noventa la violencia exhibida a través de los medios de comunicación social vuelve a poner en escena una parte esencial del ejercicio del poder y la dominación. En tal dirección, su significación política aludirá al castigo ejemplificador. Y es que, sin lugar a duda, en el renovado teatro de la crueldad, el poder del soberano como poder de la espada resopla y parece retornar de forma espectral. Dicho de otro modo, una vez parece ostentarse el poder por medio de la sangre, la muerte y la ejecución pública. Esta segunda hebra lejos de negar o contradecir la invisibilidad viral de la violencia descrita en el punto anterior, más bien la afirma en su complementariedad. En este sentido remite al costado visible de la violencia política, al costado directo, público y espectacular, y al mismo tiempo selectivo, estratégico y policial. Esto último se escenifica de forma elocuente en las narrativas a la hora de recordar casos emblemáticos como la llamada matanza de Apoquindo entre otros.

“Siguiendo este argumento, cabe destacar que la violencia se orientó tanto hacia la aniquilación de las organizaciones revolucionarias como a su derrota simbólica a través de lo podríamos llamar “castigos ejemplificadores”, como fueron el asesinato de Norma Vergara y la masacre de Apoquindo. También tuvieron este carácter ejemplificador el asesinato de dos frentistas en la comuna de Ñuñoa, quienes habían realizado una recuperación en el Campus San Joaquín de la Universidad Católica y la fuga de presos políticos de la Penitenciaría que termina con varios de fugados muertos por la policía.¹¹ Un elemento común a estas acciones, además de la violencia

letal con que se ejecutan, es que fueron acciones acompañadas de una cobertura mediática importante que dio cuenta de los hechos prácticamente en tiempo real pero sin ningún juicio crítico respecto de la actuación policial. En todos estos casos, el mensaje era claro: cualquier acción con motivaciones revolucionarias terminaría con sus protagonistas brutalmente asesinados.” (CPN 53-54)

Finalmente, en las narrativas se identifica una tercera hebra que vamos a denominar violencia lingüística (Chul Han 2016) a través de la cual se van a articular los múltiples vectores de enunciación y visibilización que caracterizarán el dispositivo de la violencia política en dicho periodo. Articulada como pura negatividad, esta hebra pondrá en escena la relación bipolar entre el yo y el otro, entre el dentro y fuera, entre amigo y enemigo, entre el ciudadano y el terrorista/delincuente. Como bien se releva en las narrativas esta hebra en torno a la cual descansa el dispositivo de violencia en los noventa es eminentemente desacreditadora, difamadora y denigradora. De alguna manera los desacreditados, han atravesado esa frontera entre la animalidad y la muerte, y parecen estar preparados para, en términos artaudianos, el teatro de la crueldad. En definitiva, fungen como cadáveres capaces de anticipar su propia extinción, su propia muerte, incluso dentro de lo que podría llamarse su propia comunidad.

Cabe destacar que el mecanismo de la discriminación, relativo a la violencia y su ejercicio, no solamente opera en la vida cotidiana, sino que incluso permea las propias prácticas de lucha política. Varios de nosotros/as recuerdan que los militantes del MAPU-Lautaro y del Frente Patriótico Manuel Rodríguez eran objeto de discriminación en la cárcel por parte de otras organizaciones políticas. De hecho, tanto el MAPU-Lautaro como el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, no eran considerados partidos políticos, sino aparatos militares, lo cual les restaba la posibilidad de participar de las decisiones políticas que se tomaban en la cárcel. Con el regreso a la democracia, esta situación se radicaliza ya que los militantes detenidos con posterioridad a marzo del 1990 dejan de ser considerados presos políticos. Yo creo que la discriminación al interior de las

organizaciones políticas de “izquierda” y “revolucionarias”, existió. Yo creo que el Lautaro siempre tuvo el estigma de ser el hermano pobre y “picante”. Y efectivamente éramos de poble, no veníamos de clases altas, no había ningún hueón así con lucas” (CPN 58)

Una topología de la violencia que requiere de una *criminología del otro*, del desafiado, del atemorizante, el extraño amenazante, el resentido y excluido, para la cual el individuo que delinque, el “delincuente”, será considerado como “monstruo”, un sujeto distinto a nosotros y de esta manera un candidato listo para la exclusión y la coerción (O`Malley 2007). En definitiva, un ejercicio de violencia lingüística “*utilizada para demonizar al delincuente, expresar lo miedos e indignaciones populares y promover el apoyo al castigo estatal*” (Garland 2005 232). Ahora bien, la gramática de la violencia política presente en las narrativas de los noventa no estará exenta de escenas de resistencia e insubordinación.

En este último punto una vez más las narrativas parecen bifurcarse conforme al grado de proximidad o adscripción al uso de la violencia como medio de acción política. Por un lado, encontramos narrativas de radicalización que nos hablan de lucha y de represión. De otro lado nos encontramos con narrativas que nos hablan de repliegue e incluso desafección. Sin embargo, ambas parecen estar hilvanadas, unidas, entretejidas por un sentimiento la traición que cohabita con un sentimiento de derrota y orfandad.

“nosotros/as tratábamos de convencer a la gente que no estábamos en democracia y la gente trata de convencernos que sí. Hasta que llegamos en la cárcel a un consenso. Efectivamente no estábamos en democracia y nosotros dijimos efectivamente la gente está en otra”. Lo que permite explicar este hecho es el desencanto y la desesperanza vinculados al sentimiento de derrota, lo que genera una decepción muy importante. Uno de los efectos que produce esta suerte de desamparo es la búsqueda de algunos sectores de referentes políticos, específicamente entre los presos políticos. En este sentido la fragmentación política de los noventa implica la búsqueda de referentes ideológicos por parte de sectores combativos, principalmente

jóvenes. Este proceso se inscribe en lo que uno de nosotros llama “doble orfandad”, en la medida que con el Golpe de Estado muchos militantes quedan huérfanos de partidos políticos, lo que vuelve a suceder durante los gobiernos de la Concertación. “Yo conozco a varios que no han hecho de su vida nada, siento que hay una generación que quedó como huérfana de todo, cuando quiso hacer algo ya no había nada”. (CPN 52)

Ciertamente, un sentimiento de fragmentación, orfandad política y traición parece tomar las riendas de la narración. Ha decir verdad, cierto halo de derrota se dejará entrever en ella, aunque rápidamente su alusión es obturada, conjurada a través de un relato épico libertario y/o revolucionario. Y es que la memoria política de larga duración, en su carácter trans-generacional parece officar como condición de posibilidad para la narrativización y estabilización de la experiencia de fragmentación, orfandad y traición.

“En el marco de este nuevo escenario, consideramos que es posible seguir resistiendo, pero eso implica asumir las derrotas del pasado reciente. “Yo creo que es necesario que asumamos la derrota también, para poder construirlo todo de nuevo”. Una de nosotras/os propone en este sentido que “una lectura podría ser que, nos ganaron, estamos derrotados y nos vamos para la casa. Y la otra: nos ganaron, nos derrotaron, pero seguimos tratando, seguimos intentando. Entonces yo creo que estamos en eso, asumiendo que nos derrotaron, pero seguimos intentando. O sea, no siempre nos van a ganar”. En esta misma línea, otra de nosotros sostiene que “hace rato que asumo que hemos sido derrotados política y militarmente. No tengo problemas con situarme desde ahí. Creo que el tema es reinventarse y construir una forma de vivir de otra manera, y también creo en lo colectivo. Creo que el individualismo es lo que nos han metido en el cuerpo y en el coco, y que eso lo único que hace es dividirnos, cagarnos y destruirnos. Debilitarnos como sociedad”. (CPN 66)

Y si bien es cierto parte importante de las narrativas de los noventa emergen a contraluz de la impunidad, esto no significa inacción, inmovilidad. Por el contrario, de forma complementaria, o si

quiere hasta cierto punto paralela a la radicalización de unos, encontramos narrativas contra-conductuales de otros que se negaran a ser conducidas, gobernadas a través de los pactos de impunidad, olvido y perdón. Entre muchos otros casos que dramatizan de forma ejemplar esta tensión, resultará emblemático el movimiento de acción política llamado FUNA.

“Hacia rato que algunos veníamos pensando cómo hacer para desenmascarar a los criminales por violaciones a los derechos humanos, entonces en el 98 inventamos la “Funa”, porque para ser franco uno decía “esta cuestión no la va a hacer nadie si no la hacemos nosotros”, y la hicimos. De alguna manera queríamos fracturar ese pacto de la Concertación, el pacto de silencio, de protección a los criminales, entonces decíamos “si no hay justicia, hay Funa”. Pero no era sólo hablarle al gobierno, por así decirlo, se trataba también de hablarle a la sociedad y decirle que los responsables de la impunidad no eran sólo las víctimas y los victimarios, sino que también eran los que cotidianamente convivían con el compadre del cuarto piso que le había puesto corriente a las mujeres o las había violado. Denunciar eso, era también una lucha por la memoria, y al hacerlo se rompía un poco la verdad oficial que amparaba la impunidad.” (CPN 72)

Tercer acto: desprecio y afirmación

Por su parte, en el caso de las narrativas de los dos mil, independientemente de la adscripción o cercanía respecto al uso de la violencia como instrumento válido de acción política, ambos grupos convergen al delinear una escena del ejercicio del poder signada por un tipo de racionalidad política inscrita en un horizonte de gubernamentalidad neoliberal. Dicha racionalidad movilizará una serie de presupuestos, dispositivos y técnicas que instituirán prácticas sociales y políticas en el mundo de los jóvenes y modularán sus subjetividades (Estupiñán 2016). Cabe recordar que desde la perspectiva de Foucault (2006), el término gubernamentalidad viene asociado al sentido específico que él le da al concepto de gobierno, el cual no debe de confundirse con

la institución de gobierno, aunque ésta última puede ser o sea un elemento central del gobierno. En esa dirección las narrativas de los dos mil indican que los dispositivos de poder de nuevo cuño no imponen ni prohíben como característica principal, sino que más bien dejan hacer, dejan que los eventos ocurran. En la misma dirección, a través de la manipulación de una amplia serie de factores pertinentes para cada situación parecen buscar hacer que la conducta objeto y objetivo sea, para los propios agentes, más deseable o conveniente que otras alternativas.

“Durante mucho tiempo después de la dictadura nos acostumbramos a que no era necesario pelear por las cosas justas. Esto sucedía por el miedo o porque Chile se consideraba un país bacán, era “el jaguar de Latinoamérica” entonces para qué pelear, había que conformarse con lo que uno tenía no más, cada uno cuidando su pega para que le vaya bien. Todos esos valores fueron cuestionados porque explotaron: durante esos años pos-golpe se fue implementando esta panacea económica del acceso a todo, la gente decía “qué bacán tener tarjeta de crédito y comprar cosas”, pero después se dieron cuenta que había un lado B del neoliberalismo. La crisis asiática, después la del 2008, ese tipo de cosas influyen en la acumulación de descontento.” (CPN 136)

Complementariamente, este tipo de gubernamentalidad neoliberal se orientará a guiar o afectar la conducta de uno mismo y/o de los otros por medio de lo que algunos autores llamas gobierno a distancia (Miller and Rose 2008), sin imponer, sino que disponiendo e incitando a que los individuos, de manera espontánea, por medio de distintas prácticas de sí, se auto gobiernen y, en ese proceso, devengan sujetos alineados con los nuevos horizontes normativos (De La Fabián & Sepúlveda 2017). En este sentido, en las narrativas generacionales de los dos mil se alude a un punto de inflexión en el ejercicio del poder desplegado en las últimas décadas, el cual vendría cabalgando sobre una fantasía, a ratos megalomaniaca y obsesiva, de una sociedad totalmente administrada (Rose 1997). En tal dirección, la razón de Estado esgrimida frontalmente en la década de los ochenta, y de forma lateral y

residual en la década de los noventa como ejercicio de soberanía y voluntad (cuasi) totalizadora, parece replegarse y ceder espacio para el gobierno de un Estado de ciudadanos libres, dotados de plenos derechos. En consecuencia, los objetos, instrumentos y tareas de gobierno serán reformulados ahora en relación directa al mercado, la sociedad civil y la ciudadanía, con el fin de asegurar –entre comillas– las funciones de gobierno para el beneficio del conjunto de la nación (Rose 1998).

En el marco de esta nueva racionalidad política la topología de la violencia parece mutar significativamente. Dicho cambio relevado en las narrativas de forma enfática nos remite a una violencia productiva de carácter sistémica. Dicho de otro modo, la violencia de la negatividad sería desplazada –parcialmente– por la violencia de la positividad, la cual, evitando la degradación del otro, **aparentemente**, se ejercita sin necesidad de enemigos, ni dominación (Chul – Han 2016). Y es que ésta sufre una interiorización, se hace más psíquica, desmarcándose cada vez más de la negatividad del otro o del enemigo.

“Cuando vamos estableciendo los límites entre lo violento/ no violento empezamos a relativizar la idea de violencia. La sociedad ahora encuentra más violento a un estudiante que tira una piedra a un guanaco que lo que sucede en la minera de Caimanes, donde se le ha quitado el agua a toda una comunidad. Hay una violencia sistémica que engloba lo estudiantil, las relaciones de género, lo laboral, hasta la sequía y el extractivismo. Como dicen por ahí “la violencia es la partera de la historia”. La violencia es parte de la historia de Chile.

La violencia es parte de las relaciones humanas, pero la evaluación de lo que es violento, de lo que es más o menos condenable está mediado por la ideología. Si yo me pongo a conversar por ejemplo con un compañero de la Universidad Católica resulta que soy un monstruo porque apoyo el aborto. Pero a su vez la violencia tiene un montón de dimensiones, la puedes diferenciar en términos de si afecta la integridad física, si es pasiva, si es activa. Y la violencia va para los dos lados, desde lo estatal pero también el movimiento social la ejerce, sujetos a pie también la ejercen, entramos en una dinámica de violencia

y no podemos desconocernos como sujetos violentos también en algunos contextos.” (CPN 147-148)

Dirigiéndose a uno mismo, se expresa como sobrecapacidad, hiperatención e hiperactividad y se codifica como el sujeto tan luchador como ocurrente del emprendedor, figura ésta, que será emblemática de gubernamentalidad neoliberal chilena. Éste, virtualmente sería libre, pues en principio no se impone ninguna represión mediante una instancia de dominación externa sobre él. Sin embargo, a éste le ocurre lo mismo que a Tántalo, hijo de Zeus condenado a vivir en el inframundo muerto de hambre y de sed: el agua retrocede cuando este se acerca a beber (volveremos a Tántalo en el apartado de coda final).

Las narrativas relevan su dimensión productiva en tanto la violencia política si bien se hace difusa, capilar, no cesa de modular las subjetividades, librándolas a un proyecto fundamentado en el presentismo y la precarización. En ese horizonte, en lugar de una coacción externa aparece una coacción interna que se nos ofrece como libertad intrínsecamente ligada a la inhospitalidad y la autoexplotación. En este sentido, la violencia política adquiere una dimensión biopolítica siniestra y sínica, en la medida en que la prórroga de hacer vivir implique como condición, la *hybris* trágica en el *loop* del *no future*.

“A esto se suma que la lucha por el bien común se ha ido desdibujando en un espacio en el cual se ha enfatizado al individuo y a la mezquindad, donde se ha exacerbado el “sálvate solo” propio de una sociedad súper individualista. Hay una cosa neoliberal capitalista tan establecida que hasta en Cuba somos todes iguales, pero hay unos/as que son más iguales que otros, tienen casas más grandes y se van de vacaciones a otros países. Al final parece que no tiene que ver tanto con el color político, sino con que el poder corrompe.” (CPN 153)

Es sistémica en tanto remite a una estructura en la cual se integra. Una estructura implícita que el orden de dominación establece y estabiliza, y que al mismo tiempo borra o naturaliza su lugar generativo dentro de la propia acción. En sentido en las narrativas de

los dos mil resoplan de forma persistente y aguda ecos de distintas teorías sobre la violencia estructural, pues éstas no de cesan de remitirnos a la mediación estructural de la violencia política.

“Cuando hablamos de violencia estructural hablamos a su vez de la violencia de la Constitución, de la violencia de un sistema que te obliga a endeudarte, de un sistema que no te da derechos laborales, de un sistema que te obliga a ir al servicio militar, un sistema que es violento en su estructura. Consideramos que la Constitución política que nos rige se puede pensar como un hito central de la violencia política en Chile. Fue escrita en dictadura y de ahí en adelante todo Chile es violencia. En la Constitución está todo, la segregación de las clases sociales, cómo se beneficia a ciertas personas o mejor dicho a los empresarios, cómo generar políticas para que no haya educación para la gente y tener mano de obra más barata, facilitar que los empresarios se hagan más millonarios y que haya una clase media bien amplia, que no es clase baja por lo tanto no acceden a crédito, pero tampoco es alta entonces se mantiene ahí como más o menos. En la Constitución encontramos también el Código del agua del año '81, la Ley eléctrica del '82, el Código minero el '83, entonces ahí tenemos una estructura que se plantea desde unas reglas del juego donde el agua es un bien privado, y la Ley eléctrica tiene supremacía sobre cualquier otra ley, por tanto se puede construir una represa y se genera el terreno ideal para situaciones de violencia como las que se vieron en el Alto Bío Bío, en la década del '90, que fueron las primeras luchas medioambientales grandes que aglutinaron a mucha gente, con ayuda internacional y todo un cuento (con lo bueno, lo malo que significa). Ahora en ese territorio se ven índices de pobreza súper altos, alcoholismo, drogadicción, desarticulación de las comunidades indígenas, las familias peleadas entre ellas. Y esa es la radiografía de lo que ha ocurrido en muchos otros espacios, como Caimanes.” (CPN 149).

Es precisamente aquí donde se produce un punto significativo de inflexión que devela el carácter performativo que tienen los distintos modos de ejercer el poder en tanto modulan las narrativas generacionales sobre la violencia política. En concreto, en las narrativas si bien se recupera la noción de violencia estructural,

esto no significa un desplazamiento hacia una generalización de la noción de violencia política en el marco de una significación inespecífica de la violencia. Muy por lo contrario, el desplazamiento topológico de la violencia asociado a su carácter estructural posibilita a la generación de los dos mil re-politizar aquellas zonas de la sociedad cuyos procesos de construcción social han sido altamente naturalizados. En este sentido, el carácter sistémico y estructural asignado a la violencia se constituye en objeto y estrategia que posibilita la emergencia del pensamiento crítico para esta generación.

“Después de las protestas del año 2006 y sobre todo después del 2011 se logró hacer un cuestionamiento de los valores de la sociedad que parecía que ya habían triunfado, que estaban sólidos, como el tema del lucro, la competencia, las excesivas ganancias empresariales, la corrupción, todas esas cosas que antes parecían normales. Si bien no se han logrado los objetivos de educación gratuita y la reforma educacional, al menos se logró cuestionar la hegemonía que parecía inmutable en los años noventa y principios del 2000. Lamentablemente no ha sido reemplazada por otra que proponga valores distintos, pero al menos logramos cuestionar esos que parecían normales. En ese sentido reconocemos un cambio. Falta ahora construir una hegemonía distinta, es la deuda que tenemos porque no nos hemos puesto de acuerdo y hay un vacío ideológico fuerte. A dónde llevemos esto dependerá de la fuerza que pongamos y de la unidad también al proponer algo distinto.” (CPN 135)

En coherencia con las mutaciones experimentadas en las racionalidades políticas y las tecnologías de gobierno, particularmente en sus dispositivos de violencia política, las narrativas de insubordinación y resistencia transitan entre la desafección, la repolitización y la radicalización contraconductual. En cuanto a la desafección, las narrativas de los dos mil delinean una escena signada por una minoría activa la cual parece pivotar en (contra de) una alteridad altamente desmotivada, desmovilizada y alienada en un horizonte normativo neoliberal.

“El reconocimiento más amplio de la violencia política en el Chile actual es más bien sesgado, no parece ser una demanda general, ha pasado a ser un tema invisibilizado en la actualidad, el tema sigue vigente principalmente en relación con el período dictatorial. Más bien hace falta convencer a la gente de que esto sigue sucediendo, porque para la mayoría “ya no hay detenidos desaparecidos”, y “a los mapuches les pegan porque se la buscaron””. (CPN 159)

Por otro lado, como una segunda hebra a través de la cual se articulan las narrativas de la disidencia, refiere a la repolitización. En efecto, estas narrativas delinear un escenario creciente de movilización y acción política, cuya articulación se caracteriza por la presencia de la política de acontecimiento y la excentricidad. Dicho de otro modo, en las narrativas se releva el carácter azaroso y menos estratégico que adquiere la articulación del accionar político poniendo énfasis en sus dimensiones lúdicas, emocionales-afectivas y existenciales. Así mismo, se pone énfasis en el carácter excéntrico que adquiere la acción política en tanto se desaloja la figuración centralizada y jerárquica que caracterizaba la organización política de antaño.

“Esto tenía como precedente la “Coordinadora por el Aborto libre, seguro y gratuito”, activa desde un año antes de la elección de Melissa Sepúlveda, donde participaban grupos feministas de distintas edades, sexos, géneros. Agitábamos a propósito del caso de Belén, la niña de 11 años que habían violado sistemáticamente quedó embarazada y fue obligada a reproducirse. El presidente de derecha de esa época dijo “va a ser una buena madre y va a tener al hijo”, entonces se generó una articulación mucho más fuerte en torno al tema. El hito histórico para nosotras fue el 25 de julio, cuando hubo un desborde político impensado, no programado, que culminó con la toma de la Catedral Metropolitana. Fue algo muy interesante para nosotras mismas. Era el día del apóstol Santiago y la Iglesia Católica hace un acto republicano privado, donde acuden los tres poderes del Estado en silencio a escuchar lo que va a señalar el obispo Ezzati, muy medieval. Estaba entonces reunida en la Catedral la alta curia y varias autoridades, como la alcaldesa de Santiago. Sin permiso ni invitación entramos

como movimiento social complejo, feminista, estudiantil, hasta con Roxana Miranda que era candidata presidencial. Ella llevaba su inmenso libro en proceso que era una performance política muy hermosa, de que cada uno pudiese escribir la Constitución. Era un libraco gigantesco que uno lo abría y podía participar en esa escritura con faltas de ortografía, con dibujos, como sea” (CPN 125).

Finalmente, la radicalización contraconductual relevada en las narrativas de los dos mil otorga y re-sitúa la dimensión ética y estética como lugar fundamental de la acción política. En sentido, las narrativas relevan la potencia de la acción política de nuevo cuño en tanto laboratorio existencial que permiten generar otras posibilidades de existencia, en definitiva, de subjetivación política-vital.

“Estos cambios que reconocemos durante los años 2000 han permitido ir aprendiendo, innovando, modificando los métodos de lucha. Lecturas como la que hacemos en esta oportunidad sirven para el futuro, para ir pensando otros mecanismos distintos. Por ejemplo, bailar Thriller frente a La Moneda el año 2011 –ya mencionado en algunos capítulos anteriores– jamás se nos hubiera ocurrido antes, pero son nuevas formas de lucha. Hay mucho que aprender de ahí, especialmente para quienes son de generaciones anteriores. Por eso es fundamental que las organizaciones políticas y sociales piensen más estos asuntos: que conversen, evalúen el tema de la violencia y cuándo ejercerla, en qué momento. Por supuesto las respuestas a esas preguntas son distintas a las que teníamos en el 2003-2004, son otras las formas, los tiempos, el cómo ejercerla, contra quién. Recoger la historia, rescatar la memoria de nuestras experiencias va a servir para que las generaciones futuras puedan reflexionar más sobre esto y tener más éxito en sus demandas.” (CPN 142)

Reflexiones finales

Al poner en escena el proceso de problematización como trabajo del pensamiento, ha permitido relevar una forma de pensar

la complejidad que la sitúa, no necesariamente en el fenómeno como cualidad o atributo de este, sino en el ojo del que mira. El punto de vista crea el objeto, dirá Pierre Bourdieu (1990), fruto o producto del trabajo en perspectiva. En torno, las líneas principales presentes en la composición del texto trazaron un recorrido por distintos niveles de observación y distintos planos de análisis. Lo anterior posibilitó la emergencia de nuevas inquietudes respecto a las cuales subrayaremos algunas.

El primer planteamiento refiere a los modos posibles de pensar, siempre en perspectiva, aquello que suele denominarse objeto de investigación. Pensamos la memoria colectiva en términos procesuales y generativos. Como perspectivas, lo primero –procesualmente– implica concebirla como el resultado de prácticas culturales y encuentros socio materiales desiguales continuos. Lo segundo –generativamente–, implica concebirla como una actividad que produce historias y nuevas relaciones sociales en lugar de limitarse a conservar legados y perpetuar sujeciones. Desde esta perspectiva, el recuerdo como acción de la memoria colectiva, implica la producción, reparación e intercambio continuo de historias sobre un pasado que cambia en relación con las nuevas posibilidades de interpretarlo dentro de marcos sociales cambiantes que operan a diferentes planos, escalas y territorios.

El segundo planteamiento refiere a una suerte de espacio transicional entre lo que Perre Bourdieu define como nivel epistemológico y nivel metodológico. Zona estratégicamente emergente y tácticamente abordada en el proceso de construcción del objeto de conocimiento. Zona dispuesta a la afectación multidireccionalidad, cuyo punto de arranque y sutura es posible mediante el intercambio de narrativas en forma de préstamos, apropiaciones, referencias cruzadas, negociaciones e intersecciones de que las memorias en circulación. Memorias que son al mismo tiempo, el medio y resultado de complejas temporalidades y enredos entre sus agentes humanos y no humanos que recalibran el pasado, presente y futuro. Enredo y complejidades de la experiencia siendo en el mundo que adquieren forma en su existencia y derivas narrativas y, gracias a las cueles, podemos repensar los

vínculos entre las generaciones y la memoria. Pensar a propósito de tal desde una perspectiva divergente al ojo que la consagra solo como una herencia inalienable que la ate a identidades particulares fijadas en el pasado.

Muy por el contrario, permitir su ocurrencia como otras narrativas posibles que ayudan a (re)definir grupos –y sus fronteras– y a establecer nuevos modos de implicación mutua. Los modos no nostálgicos del recuerdo pueden, de hecho, proporcionar vías para una política democrática y emancipadora (véase Gutman et al 2010), ayudando así a devolver parte del futuro a la memoria. En consecuencia, apostamos metodológicamente por las producciones narrativas por su cualidad agentiva y orientada al futuro, asumiendo que la capacidad de los recuerdos de hablar al futuro no solo da indicios de otros mundos posibles, sino también nos hacen viajar a ellos. Vista de este modo, la memoria colectiva no solo está siempre “en movimiento” sino que también provocamos su circulación como un giróscopo que mediará las trayectorias del pasado al futuro, a través de puntos gravitacionales en el presente del cual somos parte. Lo hacemos prestando especial atención a aquellos puntos de presión en los que este proceso cuando algunas imágenes e historias se territorializan, se estabilizan o quedan atrapadas en prácticas y significados de la derrota. Sobre la base de una episteme dislocada de esta última, mediante la opción metodológica asumida apostamos por potenciar la narrativización de la experiencia con la certeza de que naturaleza necesariamente ficcional no socava en modo alguno su efectividad política, aun cuando la sutura en el relato a través de la cual surgen las experiencias, recuerdos, memoria y generación, resida, en parte, en lo imaginario (así como en lo simbólico) y, por lo tanto, siempre algo de ella, se construya en parte en la fantasía o, al menos, dentro de un campo fantasmático.

El tercer y último planteamiento con el cual concluiremos estas reflexiones refiere al plano diagramático que toda analítica del poder plantea como exigencia ética. Al respecto, sostenemos que enmarcar la memoria como una forma de acción, en lugar de labor o trabajo, constituye parte del suelo ético y al mismo

tiempo soporte, a una mirada que se asume su condición de y en perspectiva. En consecuencia, al proponer una perspectiva en una clave de lo que comúnmente se conoce como “giro narrativo”, si bien implica abrirse a pensar la constitución del sujeto a la luz de los procesos de interpretación narrativa, no representa otra cosa más que una exploración del efecto gozne que posibilita su andamiaje.

En efecto, reconocer es estatus otorgado a la subjetividad, a la experiencia, la relación dialógica en los estudios narrativos de la memoria no implica necesariamente aceptar la ausencia o carencia de interpretación del juego de la verdad y su diagramática de poder al que nos dispone. En tal dirección, el supuesto teórico en los enfoques narrativos tiende a pensar los marcos históricos y sociales como contenedores de recuerdos y, en el mejor de los casos, como el resultado histórico de actos de rememoración, suelen presentar poca atención al residuo narrativo. De ahí que cuando se plantea la cuestión de la disputa como condición de la memoria colectiva, al desatender el residuo y el silencio, sitúa la disputa en la tradición moderna del término, saltándose lo tenue, el murmullo que habita en lo vórtices o umbrales del apareamiento de los “nadie”. Dicho de otro modo, al sentido “prostéticamente” (Landsberg 2004) posibilitado por el ruido que analizamos en la primera parte a propósito chirrido de la emisión radial interrumpida el 11 de septiembre de 1973. Esto significa que la sutura narrativa debe pensarse como una articulación provisoria y no como un proceso continuo unilateral, lo cual podría poner en la agenda investigación otras formas de abordar la verdad y lo político.

* * *

Nota

- 1 Este artículo tiene como referencia el trabajo realizado como coinvestigador y miembro del equipo de trabajo liderado por Isabel Piper en el marco del Proyecto Fondecyt regular n° 1140809 "Memorias de la Violencia Política en Chile: Narrativas Generacionales del período 1973- 2013", financiado por CONICYT.

* * *

Obras citadas

- Arfuch, Leonor. "Sujetos y narrativas". *Acta Sociológica* (53). 2010, pp. 19-41.
- Balandier, Georges. *El poder en escenas: de la representación del poder al poder de la representación*. Barcelona: Paidós Ibérica, 1994.
- Balibar, Étienne. "Violencia: idealidad y crueldad". *POLIS, Revista Latinoamericana* 19. 2008.
- Camou, Antonio, comp. *Los desafíos de la gobernabilidad*. México: Plaza y Valdés, 2001.
- De Certeau, Michel. *La invención de lo cotidiano*. México: Editorial Universidad Iberoamericana, 2000.
- De la Fabián, Rodrigo y Sepúlveda, Mauricio. "Gubernamentalidad neoliberal postsecuritaria y resiliencia: una nueva metafísica de la identidad". *Athenea digital. Revista de pensamiento e investigación social* 18(3). 2018, pp. 1-26.
- De Marinis, Pablo. "La espacialidad del Ojo miope (del Poder). (Dos ejercicios de cartografía PostSocial)". *Archipiélago. Cuaderno de crítica de la cultura*. 1988, pp. 32-39.
- Deleuze, Gilles. "¿Qué es un dispositivo?". *Michel Foucault filósofo*. Barcelona, Gedisa, 1990.
- Dreyfus, Hubert y Rabinow, Paul. *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2001.
- FONDECYT (2011): «Construcción de relatos generacionales sobre nuestro pasado reciente (1970-1990) en el escenario de cuatro lugares de memoria de Santiago». (FONDECYT Regular N°1110162).
- Foucault, Michel. "El sujeto y el poder". *Revista Mexicana de Sociología* 50(3). 1988, pp. 3-20.
- Foucault, Michel. *Seguridad, territorio y población*. Buenos aires: Fondo de Cultura económica, 2006.
- Franco, Jean. *Una modernidad cruel*. México: FCE, 2016.
- Garland, David. *La cultura del control*. Barcelona: Editorial Gedisa, 2005.

- Guichard, Eduardo y Henríquez, Guillermo. "Memoria histórica en Chile. Una perspectiva intergeneracional desde Concepción". *REIS: Revista Española de Investigaciones Sociológicas* 135. 2011, pp. 3-26.
- Halbwachs, Maurice. *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza. 2004
- Martínez, Javier. "Violencia social y política en Santiago de Chile 1947-1989". *Personas y escenarios en la violencia colectiva*. Santiago: Ediciones Sur, 1990.
- Miller, Peter y Rose, Nikolas. *Governing the present. Administering Economic, Social and Personal life*. Cambridge, UK: Polity Press, 2008.
- Muñoz, Víctor. "Juventud y política en Chile: Hacia un enfoque generacional". *Última Década*, 19(35). 2011, pp. 113-141.
- O'Malley, Pat. "Experimentos en gobierno. Análisis gubernamentales y conocimiento estratégico del riesgo". *Revista Argentina de Sociología* 8(5). 2007, pp. 152-171.
- Parrini, Rodrigo. *Falotopías. Indagaciones en la crueldad y el deseo*. Bogotá-México: Ediciones Universidad Central, 2016.
- Rose, Nikolas. *Assembling the Modern Self*. Lugar: Editorial, 1997.
- Rose, Nikolas. *Our Psychiatric Future*. Lugar: Editorial, 1998.
- Scott, Joan. "Igualdad versus diferencia: los usos de la teoría postestructuralista". *Debate Feminista* 3 (5). 1992, pp. 87-107.
- Sepúlveda, Mauricio. "El riesgo como dispositivo de gobierno: neoprudencialismo y subjetivación". *Revista de Psicología* 20(2). 2011, pp. 103-124.